

Lagrippe añadió:

—Sostiene además, que eso es sencillamente una cuestión de dinero.

—No digo que esté equivocado. ¿Y ha dicho algo del precio?

—Eso lo deja á nuestra discreción.

—¡A nuestra discreción!—repitió Brichard.—Entonces es que piensa que nos encarguemos del asunto.

—Probablemente.

—Es muy grande el honor que nos hace.

—No estás obligado á aceptar.

—Ya lo sé. Pero en fin, ¿ha dicho alguna cantidad?

—Por encima, sin concederle importancia... ¿Qué le cuesta á él el dinero?

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta ó doscientos mil francos...

Brichard se mordió los labios.

—Siempre como Jacobo—pensaba.—Podría creerse que son dos cuerpos con una sola alma.

—¿Y á tí que te parece esto, Brichard?—preguntó el normando.

—Pues yo creo que esa cifra es aceptable para otros; pero que el barón puede dar más.

—¡Peste! Eres difícil de contentar.

—Si doblara la suma, podríamos partirla y retirarnos á disfrutarla con tranquilidad.

—Ya lo creo que me iría.

—Pues lo que es yo...

—Únicamente que la operación es escabrosa.

Lagrippe iba á exponer su proyecto, que era bastante maquiavélico, guardarse los cuartos y no hacer nada; pero el polizonte apoyó los codos sobre la mesa, y mirando maliciosamente á su compinche, dijo:

—Veamos, amigo mío; no hay que asustarse por tan poca cosa. Lo que el barón quiere, después de todo, es el *abc* del oficio... No se ganan cientos de miles de francos paseándose con el bastón en la mano ó llevando cartitas amorosas... Un quidam molesta al barón Mosés, y quiere deshacerse de él; es una cosa bastante lógica. Cuando se tienen tantos millones, es para poderse ver libre de estas tareas enojosas, pagándose á los demás... Si no se hubiera dirigido á nosotros, encontraría en un cuarto de hora más de diez bribones que se encargarían del asunto y se guardarían los cuartos en nuestras barbas...

—¿De manera?...

—Que yo creo que es necesario aceptar...

Brichard dió su opinión con una tranquilidad, que hizo reflexionar al normando.

Lagrippe tenía vicios de marca mayor; su probidad dejaba que desear enormemente, y no hubiera retrocedido ante toda clase de engaños para aumentar su peculio; pero no tenía corazón para asesinar...

nar á un hombre detrás de una esquina.

Se rascaba la barba con embarazo.

Brichard continuó:

—Ya comprenderás que esta es una ocasión que debemos coger por los cabellos. Doscientos ó trescientos mil francos no se encuentran á cada paso.

Y añadió, más bajo:

—Sin contar con que más adelante podremos explotar al barón. ¡Estos servicios no se pagan de una sola vez!

Lagrippe trataba de hacer objeciones.

—¡Pero es cosa difícil! — decía.

El polizante hizo un gesto de piedad.

—Tú no entiendes de eso — replicó. — No pasa día sin que muera algún pobre diablo, de quien no se vuelve á hablar más.

—Pero es que Dantenac no es un desconocido.

—Seguramenté; pero no le faltan razones para estar disgustado de la vida, expatriarse ó destruirse... ¡Desaparecer, en una palabra!

—Es claro como la luz del día... ¡Hizo una boda soberbia!... El, un campesino, un empleado sin una peseta, se casó con una mujer hermosa y rica, de la que estaba perdidamente enamorado... Al principio todo iba bien; luego, al cabo de algún tiempo, se apercibió de que su mujer le engañaba... Tuvo lugar una terrible escena con el amante. ¡Escándalo, lucha, ruptura!... Ya comprenderás en qué estado se encontraría el marido... Recibe un buen golpe, se le arroja al Sena... es un

suponer... ¡Vaya usted á saber cómo ha sucedido!

—¿Y tú harías eso?

Brichard tuvo un estremecimiento de orgullo.

—En verdad — dijo — que te tengo lástima... Yo te creía más animoso. Si no lo hago, no faltará quien se encargue del negocio por mil escudos.

—De manera — dijo Lagrippe — ¿qué tú te encargas de la comisión?

—Sin vacilar.

—¿Sabes dónde está Dantenac?

—Plaza Louvois, hotel Louvois. Me enteré ayer al mismo tiempo que tú cuando le seguiste hasta su domicilio.

—¡Yo!

—Sí, tú, Próspero Lagrippe.

El normando se enjugó la frente maquinalmente.

Brichard empezaba á darle miedo.

Lo que el polizante del viejo Mosés no decía, es que la vispera, cuando el portero de la calle del Circo llegó con la noticia, él se encontraba presente, y que se había interesado en la aventura esperando sacar partido de ella.

Brichard continuó:

—Tú no eres hombre de acción, pero si quieres podríamos repartirnos el trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—El trabajo y la utilidad, se entiende — replicó Brichard. — ¿El barón ha dicho cientocincuenta ó doscientos mil francos?

—Si.

—Tú tienes influencia sobre él.

—La que se puede tener sobre un animal de su especie.

—Tú conseguirás que aumente la suma y yo me encargaré de lo demás; ¿qué te parece?

—Perfectamente. ¿Tú no tienes escrúpulos?

Brichard contempló á su compañero con lástima.

—¡Escrúpulos! No se conocen en mi oficio. Lo único que hay que tener es cuenta es no dejarse coger. ¡Vamos, hombre, déjate de esas historias!

Decididamente Lagrippe desmerecía en la opinión de Brichard. Lagrippe articuló un «perfectamente» con bastante flojedad, y como Brichard se levantase y le tendiera la mano, en despedida, la estrechó débilmente, diciendo:

—Haz lo que quieras; pero yo no me mezclo en nada... Es el barón el que manda.

—¡Miedoso!

—Es posible. Cada uno tiene su temperamento. Yo estoy por los procedimientos pacíficos. Lo más que puedo hacer es aconsejar al barón que pague en grande. ¿Comprendes?

—¡Perfectamente!

—¡Convenido!

Brichard salió frotándose las manos.

El negocio sería excelente.

Doscientos mil francos del hijo y otro

tanto del padre, constituían una fortuna.

¡Qué dicha cuando los tuviera reunidos!

Lagrippe permanecía pensativo, vagamente inquieto, sin comprender por qué Brichard había aceptado tan de prisa el ofrecimiento del barón sin presentar objeciones como una cosa muy natural, de la que sólo era discutible el precio.

El viejo Mosés tenía razón al contar tan seguramente con el poder de su dinero. Disponía á su antojo de los unos para hacer desaparecer á los otros.

No se trataba más que de pagar.

Lagrippe tenía seguramente muy sucia la conciencia; pero aquello le repugnaba.

Se tomó dos ó tres vasos de Málaga para aturdirse, lo que consiguió fácilmente, y algo más alegre, se dijo que quizás los preparativos del asunto pidieran una espera, y en ese tiempo podría surgir un pretexto para evitar el crimen.

Haciéndose estas reflexiones se disponía á salir para tomar el aire fresco, cuando llamaron á su puerta discretamente.

El normando, por costumbre, dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió, y el normando, asombrado, exclamó:

—¡Usted, señor marqués!

—Sí, yo soy. ¿Puede usted escucharme un momento, Próspero?

—Seguramente, señor marqués.

—¿No le molestaré?

Laprippe poseía la educación del criado correcto como nadie.

—El señor marqués se ríe de mí—dijo,—demasiado sabé el señor marqués que me tiene á sus órdenes.

Caussedé, porque era él, examinaba la habitación como hombre que teme el espionaje.

—Lo que tengo que confiar á usted—dijo—es bastante grave.

—El señor marqués puede estar tranquilo, pues estamos solos; además, las puertas son dobles.

—Ya sé... ya sé... ¿Es Brichard el que acaba de salir de aquí?

—Sí, señor marqués.

—Un tunante, del que no es muy prudente fiarse.

—¡Oh! señor marqués.

—A fe mía, él podrá ser todo lo bueno que quiera, pero no me agrada; todo esto dicho entre nosotros, se entiende.

—¿El señor marqués tiene alguna sospecha de él?

—Será quizá la prevención que se tiene á los de su oficio. ¡No gana ninguno de ellos premio de virtud!...

Los dos hombres se observaban.

Caussedé se paseaba á lo largo de la habitación, pensando:

—¿Por dónde empezaré?

Y Lagrippe, por su parte, decía:

—¿Qué me querrá?

—Por último, el bearnés se detuvo delante del normando.

—Próspero—dijo,—tengo que proponerle una buena acción, y cuento con usted.

El normando estaba á la defensiva.

No desconfiaba de Caussedé, nadie desconfiaba de él en la casa, pero Lagrippe era receloso por instinto.

El marqués prosiguió:

—Ya sabe usted la amistad que profeso á los dueños de la casa; usted es también completamente adicto; pero á pesar de mi amistad, no puedo menos de tener ojos, y si trato de ocultar los defectos de un amigo, por discreción, eso no impide que esté enterado de ellos.

Lagrippe no contestó; esperaba.

Las frases del marqués eran muy obscuras y no dejaban adivinar su objeto.

Sin embargo, pronto pudo comprender.

El marqués le preguntó:

—Próspero, ¿se acuerda usted de aquella joven?...

—¿Cuál, señor marqués?

—La de Luchón, ó mejor dicho, de los alrededores de Luchón.

—¿De Marignac?

—Precisamente.

—Espere usted—dijo el normando que parecía registrar su memoria,—una joven rubia...

—Eso es.

—¿Que estaba en un despacho de tabaco?...

—Con su hermana, una morena.

—Las hijas de un capitán...

—Difunto... El capitán Soubére.

—El señor marqués me va haciendo recordar.

—¿Verdaderamente la había usted olvidado?—preguntó el marqués con una intención que hizo reflexionar á Lagrippe.

—Seguramente, pasan tantas cosas... —contestó afectando indiferencia.

—Sobre todo, de algún tiempo á esta parte—añadió el bearnés.

—El señor marqués tiene razón... sobre todo de algún tiempo á esta parte...

—¿No es así?

—Y por lo mismo es bien excusable que se pierdan algunos detalles —concluyó Lagrippe.

—Es muy natural—dijo cariñosamente Causседé;—pues bien, amigo Próspero, de esa joven es de la que tengo que hablar á usted.

—¡Ah!

Los dos hombres se contemplaron un instante como adversarios que buscan el punto vulnerable de la coraza; bruscamente el bearnés se echó á reir con una risa perfectamente natural.

—Seguramente—dijo—que soy bastante tonto, al no hablarle á usted con claridad. Nosotros tenemos que entendernos, con seguridad. No será la primera vez que la Normandía y el Bearn han hecho causa común.

Y añadió bajando la voz:

—Aquí estamos en país conquistado... tanto el uno como el otro.

El normando no se franqueó en seguida.

—Seguramente, señor marqués; no diré lo contrario. Hay algo de cierto en lo que usted dice.

Causседé señaló la botella casi vacía.

—¿Qué es eso que tiene usted, Próspero?—preguntó.

—Vino de España, señor marqués.

—Pues deme un vaso; he pasado una noche sin dormir y estoy algo alterado.

—Tengo algo mejor que ofrecer á usted, señor marqués—dijo el criado, que se levantó, abrió un armarito empotrado en la pared y volvió con una botella intacta y un vaso, que colocó sobre un platillo de viejo Sevres.

—Bueno, ¿y usted?—preguntó el bearnés;—¿me dejará beber solo, como un borracho?

—No, si el señor marqués me hace el honor de beber conmigo.

—Sin duda, Próspero, sin duda. Cuando digo á usted que tenemos que hablar como amigos... ¿y quién sabe? quizá como asociados.

El normando empezaba á comprender.

Aquel astuto Causседé tenía que pedirle un favor, iba á proponerle un negocio.

Lagrippe había pensado muchas veces en las miras que podría abrigar el bearnés al asistir tan asiduamente á aquella casa.

Pensó que había llegado el momento de saberlo.

No se engañaba.

Dos minutos después el marqués humedecía sus labios en el vaso, donde brillaba un licor de color de ámbar, alegre como un rayo de sol; y saludando cariñosamente á su compañero, le decía con amistosa sonrisa:

—Por su salud, Próspero.

—Muy agradecido, señor marqués.

—Dejémonos de rodeos y juguemos á cartas vistas. Yo tengo mi idea, como usted tiene la suya. Si usted me ayuda, le ayudaré; si me hace usted la guerra, también tengo mis armas, y me defenderé... Lo que le propongo es una alianza leal y secreta. Nunca podrá perjudicarle; al contrario, todo el provecho será para usted. ¿Usted me entiende?...

—Entiendo lo que dice, señor marqués; pero no comprendo adónde va usted á parar.

—Ya lo comprenderá usted.

—No deseo otra cosa.

—Me es usted muy simpático, Próspero... ¡muy simpático!... Siempre me lo ha sido.

El normando saludó.

Había una sombra de desconfianza en su saludo.

Causedé prosiguió:

—Esa simpatía la he demostrado, y voy á decir á usted cómo... Si hubiera querido perderle, hace mucho tiempo que podía haberlo hecho.

El normando sonrió.

—Eso es más difícil de hacer que de

decir—replicó.—Permitame usted que lo crea así...

Pero el bearnés siguió hablando como si nada hubiera oído.

—Para ello no me hubiera dirigido al barón. Es más culpable que usted... El manda y usted obedece... Es un gran criminal....

—¡Señor marqués!

—Ya sé lo que me va usted á objetar. Si es un gran criminal, ¿por qué es usted su amigo? El argumento no deja de ser justo. Sin embargo, usted se engaña. Hay amigos sinceros, y otros que no lo son. Yo, nunca seré amigo sincero, amigo verdadero de un Mosés...

—¡Oh! señor marqués—repitió el normando.

—Sí, y lo digo muy alto delante de usted, que es el confidente del barón; es que quemo mis naves, ó mejor dicho, que me he propuesto un objeto, y entiendo que ha llegado el momento propicio... á pesar de que usted también tiene su objeto...

—¿Usted cree?

—¡Caramba! el mío es vengar una antigua injusticia, una antigua injuria... El de usted es hacer fortuna por todos los medios posibles.

—No lo niego; pero el del señor marqués puede tener alguna semejanza con el mío.

Causedé respondió con cierta alternería:

—No, porque si fuera lo que usted dice, hace mucho tiempo que lo hubiera logrado.

—¿Cómo?

—Casándome con Raquel. ¿No le parece á usted?

—¿El señor marqués no se casará con ella?

—La pobrecilla morirá bien pronto. La compadezco con toda mi alma. Los otros, los execro.

Esto fué dicho sencillamente, pero con firmeza.

El marqués se levantó y empezó á pasear por la habitación con las manos en los bolsillos.

—Sí, mi querido Próspero—prosiguió,—esta es mi confesión en pocas palabras. Odio á los Mosés; los odio por multitud de razones, públicas y privadas; privadas, sobre todo; pero si lo publicara, ¿qué sucedería? Que me cerrarian su puerta; mientras que, disimulando, como lo hago, permanezco dentro de la plaza, todo lo observo y de todo me entero para sacar partido contra ellos, ¿No está claro?

—Cómo el agua, señor marqués.

—Usted, Próspero, ha entrado en casa de los Mosés para enriquecerse, y ¡vive Dios!—como decían mis abuelos—que no lo encuentro mal. Coja usted cuanto pueda y le prometo que le gritaré ¡bravo! y le aplaudiré á dos manos. Eso será una restitución. Bastante nos han saqueado, y si pudieran nos arrancarían la piel para

hacerse guantes ó bolsas de viaje. Ya ve usted la franqueza con que le hablo. Estoy seguro de que no abusará usted de ella, sobre todo porque lo hago en su interés.

—¿Por mi interés?—preguntó Lagrippe.

—Sí, por su interés. Todo lo bueno que soy para los que están de mi parte, soy de rencoroso para los que están en contra mía... Y en caso de traición, no retrocedo delante de ninguna clase de represalias. Los Caussedé han dado siempre mucho que hacer á sus enemigos, todo el mundo lo sabe en mi país.

—Sí, ya entiendo—dijo Lagrippe, tratando de poner buena cara.

—Sí, querido mío. Ahora bien; desde que frecuento este casa, Dios sabe lo que he observado de intrigas y aventuras, pero más que nunca desde hace un año.

—¿Desde hace un año?—repitió maquinalmente Próspero.

—Así es que esa joven de que hablamos hace un momento...

—¿La señorita Soubére?

—Sí, Benedetta Soubére... Me permito creer que conozco su historia mejor que ella misma...

—¿Es extraño!

—Verá usted. El barón se vió acometido por ella de una de esas pasiones, que llegan á ser terribles en un hombre de su edad. Ella no le quería de ninguna manera... Usted lo sabe tan bien como yo, puesto que era el confidente del viejo...

—¿El señor marqués está enterado!

—Perfectamente. Promesas, amenazas, nada hizo efecto sobre la pobre Benedetta. Era una muchacha honrada en toda la extensión de la palabra. Además, tenía una razón para resistir, de gran importancia. Iba á casarse y estaba enamorada de su futuro. Entonces el barón tomó una resolución; la de forzar la puerta que no querían abrirle. Cuando hay dinero no es difícil encontrar ayudas. Usted se las procuró, tales como las pudo desear.

—¡Yo!—dijo Lagrippe incorporándose.

—No se asombre usted. Era cosa muy natural. Yo en su lugar, con sus deseos de fortuna, hubiera hecho otro tanto... Una noche, en el camino de Marignac se apostó un carruaje conducido por un miserable á quien usted había prometido una fuerte recompensa.... Ese miserable se llama Arros.

—¡Señor marqués!

Causedé siguió tranquilamente:

—Cuando digo miserable, amigo mío, es con una gran indulgencia por el que en su pobreza se ve acometido por una poderosa tentación que no puede resistir. El verdadero culpable, el grande, ¡es él! La pobre muchacha fué detenida, sujeta y conducida al hotel que usted ya conoce. Por precaución la hicieron dormir en el camino. Mientras tanto, el barón, jugaba tranquilamente en el casino. Usted fué á buscarle. Todo estaba arreglado. Sin embargo, no se hizo con tanto sigilo que no pudiera averiguarse la verdad. El

cómplice de Pedro Arros era usted; el hombre que hizo dormir á la desgraciada, con ayuda de una droga, era usted... El barón llegó... el crimen fué consumado... Media hora después, usted salía del hotel con una mujer en los brazos...

—¡Yo!—exclamó nuevamente Lagrippe.

—¡Usted!

—¡Es falso!

—No se sofoque usted. No es falso, como tampoco lo es que, después de muchos sufrimientos, con un hijo, del que es único amparo esa desgraciada, se refugió en una casa de la calle Visconti, de donde la sacó una odiosa mujer comprada también por usted, para encerrarla en la quinta del boulevard d'Argenson. Ya ve usted si estoy enterado, señor Próspero, y le ruego se tranquilice, porque no trato de hacerle daño; pues de querer, ya se lo hubiese hecho, y, al contrario, le propongo la alianza, prometiéndole que le ayudaré con todas mis fuerzas á hacer fortuna. ¿Qué le parece á usted?

Lagrippe pensaba que el marqués tenía razón, y que con aquella alianza él no podía hacer más que ganar.

—A fe mía, señor marqués—dijo,—que no hay medio de resistirse. Acepto; ¿pero usted me promete el silencio?

—Confíe usted en mí, Próspero, y no perderá nada.

—¿Qué es preciso hacer?

—Poca cosa, y, de todos modos, nada grave ni comprometedor.

—¿Y la buena acción?

—Benedetta tiene un hijo.

—Ya lo sé.

—Es una criatura raquítica. Ahora bien, aquí tengo una carta...

Caussedé sacó del bolsillo la carta de la nodriza.

—En esta carta se reclama apresuradamente á la madre, por la mujer que cuida al niño.

—Y entonces...

—Sería cruel dejarle morir sin que pudiera verle, convenga usted conmigo.

—¿Pero está muy grave?

—No lo sé á ciencia cierta. Explíqueme usted el caso al barón. Digale lo que quiera... que han venido de la calle Visconti á avisar... cualquier cosa... pero no pronuncie mi nombre. Es preciso que Benedetta vea á su hijo... es todo lo que pido por el momento... ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Si el niño muere lejos de ella será un dolor más para esta desgraciada; otro crimen que habrá cometido el barón.

—Volverá á verle, señor marqués, os lo juro.

—Bien.

Caussedé alargó su mano al ayuda de cámara, que la cogió débilmente, y salió.

En el patio del hotel, donde se detuvo á respirar un momento, el marqués se decía:

—He estrechado la mano de este Lagrippe que es un bribón, pero que podrá ser-

me útil, y como decía Enrique IV, mi paisano: «Quien quiere el fin quiere los medios... París, bien vale una misa.»

XV

El último golpe

Lagrippe cumplió su palabra.

Después de haber reflexionado, no se arrepintió de la última alianza con el bearnés. Hacía algunos años que el marqués se le presentaba en la casa como un enigma.

Sin causarle inquietud, porque aquel excelente Caussedé, tan alegre, tan tranquilo, tan dispuesto siempre á hacer un favor á todo el mundo, no inquietaba á nadie, le inspiraba curiosidad.

Para él el bearnés era una especie de fenómeno, y al presente ya conocía el misterio.

Caussedé adquirió de pronto para él proporciones extraordinarias.

Aquel hombre que parecía tan frívolo, tan ligero, tan absorbido por esas mendencias y fantasías que componen el fondo de la existencia de los hombres de sociedad, le inspiraba una especie de temor supersticioso.

Así es que Lagrippe se sometió con sinceridad.

Caussedé le imponía á la vez respeto, temor y confianza.